

*rabo de junco*, las cuales, en concepto de muchos, eran indicio de que se hallaban cerca de tierra, puesto que estas aves nunca se apartan de ella más de veinte ó veinticinco leguas.

En la noche del 12 de Setiembre vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego, como á unas cuatro ó cinco leguas del sitio en donde estaban.

A aquella altura empezaron á experimentar unos aires tan templados, que les hacian recordar las mañanas de abril y mayo en Andalucía.

Y para mayor contento suyo, puesto que su único afán era encontrar pronto tierra, empezaron á ver sobre el agua algunas manchas que parecian de yerba verde.

—Sin duda nos acercamos á tierra firme,—decia Velez de Mendoza á Colon paseándose sobre la cubierta de la *Santa María*.

—¿En qué os fundais para creerlo?

—En esa porcion de yerba que arrastran las olas del mar.

—En efecto; indican la proximidad de tierra; pero no de tierra firme: sin duda estamos próximos á alguna isla.

Al dia siguiente vieron mayor cantidad de alga que las olas arrastraban desde Poniente.

Por la noche observó Colon las variaciones de la aguja de marear, fenómeno completamente desconocido entónces.

Descubrió que la aguja en vez de señalar á la es-

trella del Norte, se inclinaba unos cinco o seis puntos al Noroeste.

Admirado de esto continuó haciendo observaciones y se convenció de que la variacion aumentaba á medida que avanzaba en su marcha.

Comprendiendo cuán dispuestos á alarmarse estaban sus compañeros, les ocultó sus observaciones, pero los pilotos á su vez consultaron las agujas, y no pudiendo explicar lo que pasaba, cayeron en una profunda consternacion.

Temian que perdiese la aguja su misteriosa virtud y unos á otros se preguntaban.

—Qué vá á ser de nosotros sin rumbo fijo en medio del vasto y solitario Océano que nos rodea.

Su pesadumbre no tardó en comunicarse á los marineros, que estaban acostumbrados á leer en sus ojos las esperanzas ó las dudas que abrigaban acerca del feliz término del viaje.

Conociendo Colon la mala impresion que habia hecho en los pilotos el exámen de las agujas, puso su ciencia en tortura para buscar los medios de calmar el terror de su gente.

—Nada temais,—les dijo,—la aguja no apunta exactamente á la estrella polar, sino á un punto fijo é invisible. No es falacia de la aguja la variacion, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demás cuerpos celestes, sufre cambios y revoluciones descubriendo cada dia un círculo al rededor del polo.

Su original é ingeniosa teoria, en una época en la



que era desconocido el sistema solar de Copérnico, fué considerada como de gran peso por los pilotos que se tranquilizaron, y comunicaron su tranquilidad á los marineros.

El fenómeno es en nuestros días conocido; su causa aún permanece oculta.

Es uno de los grandes misterios de la naturaleza, sencillo en la apariencia, pero impenetrable.

La ciencia baja la frente ante él.

La soberbia del hombre se estrella en la inquebrantable barrera con que lo defiende la Providencia.

Poco después de amanecer el día 15, vieron que las yerbas se aumentaban y que parecían yerbas de río, tanto más, cuanto que hallaron una porción de ellas, y cogieron un cangrejo vivo.

El agua del mar era ménos salada, los aire más suaves, y estos indicios devolvieron la calma y la alegría á los tripulantes, estableciéndose entre las tres carabelas una especie de competencia para ver cuál era la que avanzaba más en aquel camino á la ventura.

—Ved esas aves que revolotean en torno de las velas,—dijo á Colón el piloto de la *Santa María*,—¿No son toninas?

—Si por cierto,—contestó el almirante.

Poco después oyó una detonación.

Uno de los marineros de la *Niña* había disparado su mosquete y había muerto á uno de aquellos pájaros.

En medio de la inmensidad del mar, cuando se avanza sobre el abismo con el deseo de hallar el puerto salvador, lo que pasaria desapercibido para los hombres observadores de la tierra, es un gran acontecimiento para los marinos.

El exámen de las algas que arrastraban las olas en su majestuosa carrera, la observación de los pájaros que cruzaban el espacio ó revoloteaban en torno de las velas de las embarcaciones, aprovechando algun momento para posarse sobre las galerías de los buques y arrebatarse á los marineros los desperdicios de las provisiones, tenían que ser necesariamente las ocupaciones más importantes de aquellos hombres que caminaban el acaso, y que no teniendo pruebas ni seguridad de hallar tierra, necesitan al ménos tener indicios.

Colón, práctico ya en la vida del mar, satisfacía la curiosidad de sus compañeros con sus explicaciones, y calmaba su zozobra con el lenguaje de la más profunda convicción.

—Ved á lo lejos un ave blanca como la que vimos hace dos ó tres días,—exclamó Velez.—¿No nos dijisteis que era un *rabo de junco*?

—Sí, por cierto,—contestó Colón á su interrogador,—y esto me prueba que no estamos muy lejos de tierra, porque ese pájaro no duerme nunca en el mar.

Martín Alonso, que dirigía la *Pinta*, carabela velera como pocas, envió el 18 de Setiembre un aviso en su lancha á la embarcación almirante, diciendo



al jefe de la expedicion que habia visto gran multitud de aves dirigirse hácia el Poniente, y que teniendo proporcion de avanzar más que las otras carabelas, estaba seguro de que aquella misma noche veria tierra.

Las naos se aproximaban á unos rompientes que habia hácia el Oeste; pero de las que aun se hallaba á bastante distancia.

Un nuevo pájaro que Colon designa en sus Memorias con el nombre de *alcatraz*, acudió á visitarlos al dia siguiente.

Por la tarde vieron otro, y la aproximacion de estas aves al mismo tiempo que unos llovizneros sin viento, le demostraron que se aproximaban rápidamente á la tierra.

Sin embargo, por si se engañaba ó por si la tierra que parecia era sólo alguna isla, no quiso fomentar la esperanza en sus marineros que, más que la gloria y las riquezas que habian ido á buscar, deseaban hallar tierra, porque temian verse condenados á morir en el seno del mar.

Colon habia obrado cuerdamente, porque la tierra que anunciaban las yerbas y las aves, no eran más que algunas islas de escasa importancia.

Pero como el deseo de Colon era seguir siempre hácia adelante á encontrar el derrotero de las Indias y el tiempo era á propósito para caminar, arengó á su gente y prosiguió, animando sus esperanzas, que prosiguiesen adelante.

A la sazón se hallaba la *Niña* á cuatrocientas

cuarenta leguas de las Canarias, la *Pinta* á cuatrocientas veinte y á cuatrocientas justas la *Santa María*.

Los alcatraces continuaron visitando las carabelas.

Volvieron á ver yerba, y tendiendo un lazo á uno de los pájaros que no parecia querer abandonar la embarcacion de Colon, lograron apoderarse de él.

Era pájaro de rio.

Sus piés se parecian á los de la gabiota.

Lo conservaron, y al amanecer del dia siguiente llegaron dos ó tres pajarillos de tierra, que desaparecieron apenas alumbrió el sol en toda su plenitud.

Mas de cincuenta dias de viaje llevaban, y la paciencia de los tripulantes empezaba á tocar á su término.

¡Cincuenta dias en medio de la inmensidad del Océano; cincuenta dias de duda y de esperanza, con el tiempo suficiente para reflexionar todos en su pasado, en su porvenir, en las afeciones que habian dejado en tierra. Sólo veian como término de aquella expedicion un ignorado sepulcro!

Que Colon no se intimidase ante el peligro; que su constancia no se amenguara en lo más mínimo, fácilmente se comprende.

Llevaba en su mente el pensamiento de una gran empresa que iba á realizar; como ninguno de los que le acompañaban comprendia la gloria que alcanzaria para su nombre y la fortuna que conseguiria obtener



para sus hijos, si realizaba sus designios, aun cuando el peligro que corría se apareciese á sus ojos mayor aun que á los de los marineros, podía pesar en un lado la grandeza del triunfo, en el otro lo horroroso de la derrota y tener ánimos para seguir adelante.

Pero aquellas pobres gentes, acostumbrados los unos á entregarse al culto del vicio, los otros á una vida activa y laboriosa, no podían conformarse con aquella existencia aislada, y creían que se les arrasaba en busca de un fantasma que podría convertirse para ellos en un verdadero ángel exterminador, con su espada de fuego, saliendo desde el seno de las aguas á castigar su audacia y su ambición.

En diferentes ocasiones habían manifestado los que le acompañaban su temor, sus dudas, pero Colon había encontrado el medio de renovar el entusiasmo en su abatido espíritu.

¡Sublime ejemplo de energía, de constancia!

¡Ah! sí, figuraos por un instante á aquel hombre tan trabajado ya en las Córtes de Portugal y de España, á un hombre que tantos desengaños había sufrido, figuráosle, repito, realizando su empresa con zozobra y temor también, por más que le alentara la esperanza; pero teniendo que ocultar á todos los que le acompañaban sus temores, porque si veían que decaían sus fuerzas, le obligarían á retroceder, ó podrían, aconsejados por la ira y la venganza, rebelarse contra él y malograr su empresa.

Porque ir con rumbo fijo á través de los mares; arrostrar las tempestades y las inclemencias en un

punto distante de la tierra, requiere gran valor, pero es empresa fácil.

No lo es tanto avanzar sin rumbo fijo, sin esperanza cierta, y esto es lo que hacia Colon, y esto es lo que obligaba á hacer á los que le acompañaban.

El ardid que había puesto en práctica Colon para hacer creer á los suyos que el viaje era más corto de lo que era en realidad, puesto que sustraía todos los días al dar cuenta á su gente de lo que habían andado algunas leguas, empezaba á ser infructuoso.

Hasta entonces los vientos habían sido favorables.

Pero llegó un día de calma.

Las tres carabelas parecían estacionadas en un mismo punto, y en aquel día empezó á verse de una manera clara y amenazadora la actitud de despecho en que se hallaban los compañeros de Colon.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.